

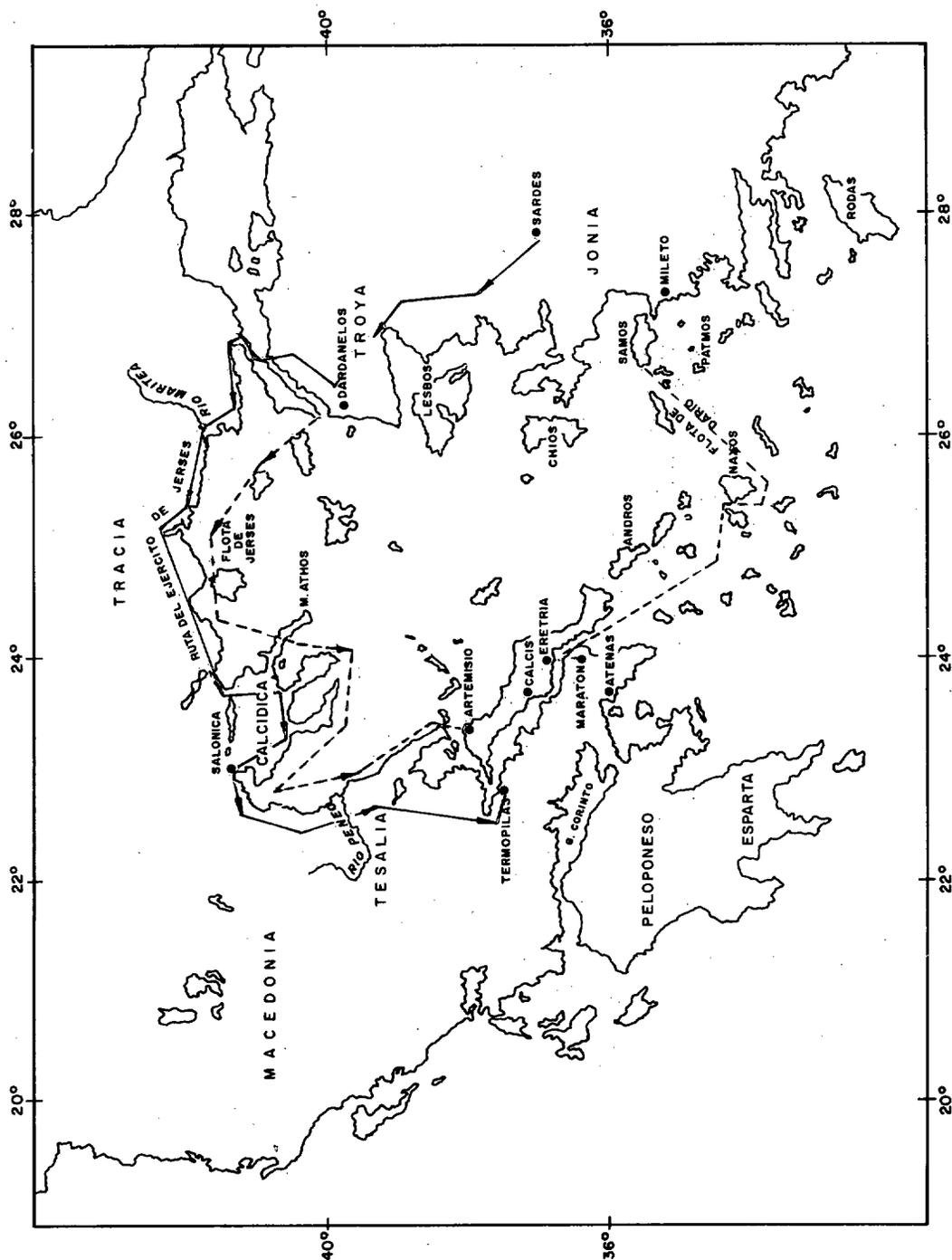
LAS CAMPAÑAS NAVALES DE LAS GUERRAS MÉDICAS (II)

Julio ALBERT FERRERO
Vicealmirante (r)

Planes para el avance persa

La victoria de Jerjes había sido a precio muy elevado y se propuso que el modo más sencillo de vencer a Grecia sería el envío de 300 buques a la isla de Cythera, en la costa meridional del Peloponeso, lo que provocaría la desertión de los espartanos del istmo y de sus fortificaciones para proteger sus propias tierras y que los defensores que allí permaneciesen serían insuficientes para oponerse al ejército persa. Luego los espartanos solos podrían resistir y se precipitaría la caída de toda Grecia. Achaemenes, hermano de Jerjes y comandante del escuadrón egipcio, se apresuró a exponer su concepción estratégica, contraria a la anterior, fundada en la dependencia que el ejército tenía de la flota. Se oponía al envío de los 300 buques para rodear el Peloponeso, lo que después de los 400 buques que habían naufragado suponía un debilitamiento excesivo que estimularía el ataque de la flota griega. Por el contrario, el mantenimiento de la flota en un cuerpo unido resultaría peligroso para los griegos. El avance del ejército y la flota unidos permitiría el apoyo mutuo. Jerjes se decidió por este plan.

En cuanto al primer plan, estaba calculado para abrir el camino de la conquista de Grecia a los persas con una pequeña oposición. Pero los suministros del ejército persa venían por el mar y el ejército dependía de la habilidad de la flota para defender a los transportes. El ejército y la flota griega dependían también de los alimentos de Ultramar, Grecia era una nación comercial que necesitaba del comercio y de los productos manufacturados para pagar las importaciones de granos. Sólo en el caso de que la presencia del escuadrón persa en Cythera afectase a las importaciones griegas compensaría esta diversión. Grecia importaba grano de Sicilia en tiempos normales, así como de los dominios persas. En este tiempo Sicilia estaba invadida por Cartago, probablemente instigada por Persia. Pero los suministros occidentales no podrían ser interceptados en su totalidad por la flota persa en Cythera, al no poder interferir el tráfico que iba al istmo por el golfo de Corinto, aunque el ejército persa podía cortar dicho tráfico después de apoderarse del istmo. Además, podía ocurrir que los transportes procedentes de los suministros persas no fuesen leales y pudiesen comerciar con los griegos. Para cualquier comerciante resultaba sencillo apoderarse de la carga, echándole la culpa a los piratas que estaban en las cercanías de los cabos.



(Figura 1.)

Retirada a Salamina

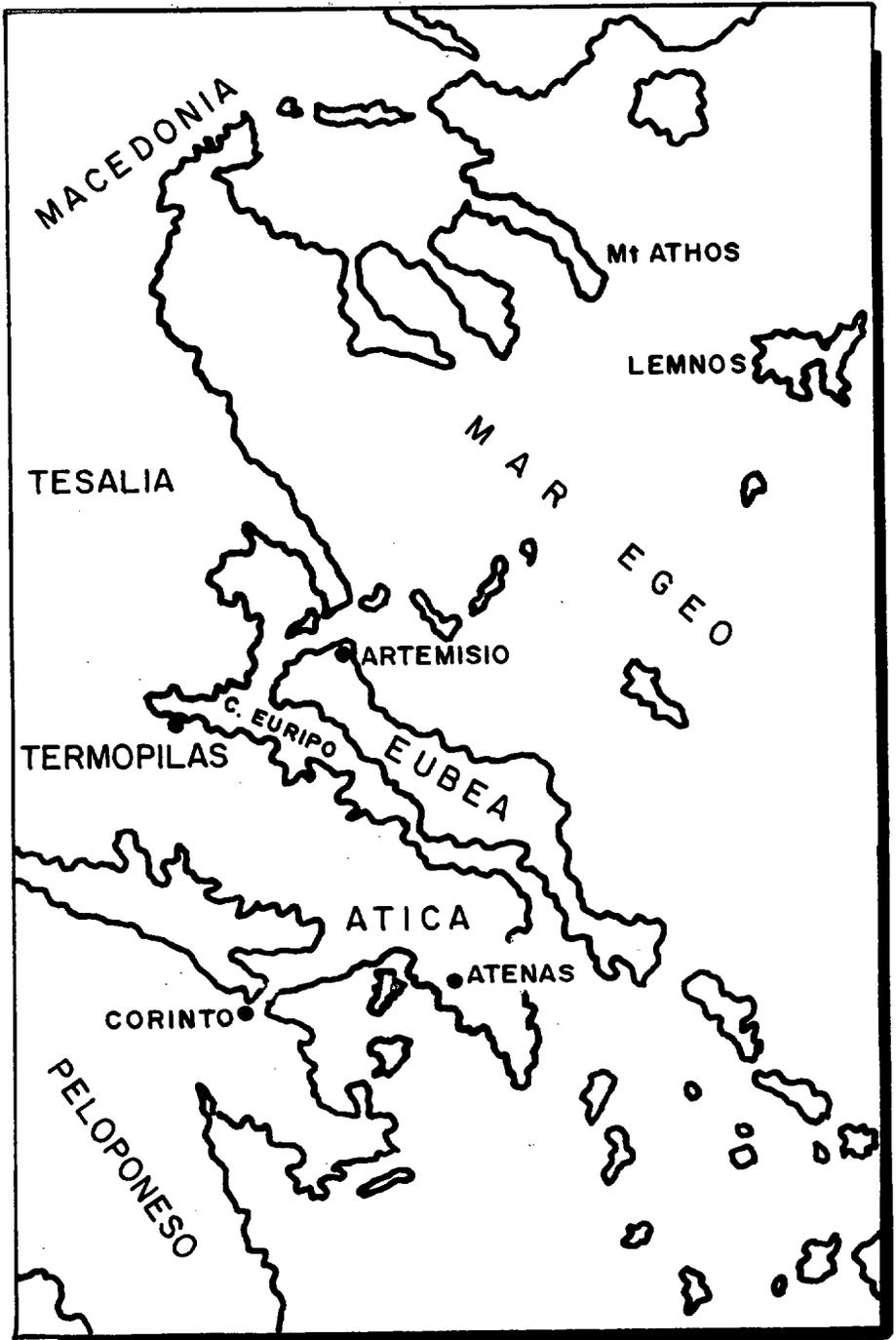
Al finalizar el ataque persa del 1 de septiembre, los griegos estaban descorazonados, Temístocles reunió a los comandantes en la playa de Artemisio y los informó que disponía de un plan para que los buques de Jonia y de Focia dejaran a la flota persa, y en este caso los griegos podrían combatir y destruir al resto de las fuerzas, asegurándoles una retirada segura. Esa misma noche puso su plan en marcha; consistía en incitar a la desertión de los griegos de la flota persa mediante escritos en las rocas. Aunque no hiciesen caso, les produciría desconfianza de los persas. Al propio tiempo, siguiendo una vieja estratagema, él avisó a los griegos para que matasen ganado que los nativos habían llevado allí y quemasen los campos como era costumbre. Mientras se realizaba esto, un buque explorador estacionado en las Termópilas trajo las noticias del desastre. Era obvio, ahora que la flota griega no podía retrasarse, ya que el ejército persa podía cruzar pronto Eubea y caer sobre el campo naval griego, por eso se retiró aquella noche a Salamina, donde fondeó no más tarde del día 5.

Tan pronto como los griegos salieron, los persas fueron informados. En la amanecida del día 2 de septiembre la flota persa se dirigió a Artemisio, donde permaneció hasta mediodía, marchando posteriormente hacia Istiaia. Sin duda, los buques logísticos fueron a las Termópilas para renovar los suministros al ejército antes de proseguir su marcha. El día 4 de septiembre, el ejército persa inició su marcha hacia Atenas.

Los griegos, en Salamina

La situación que la flota griega encontró a su llegada a la costa oriental de Ática fue de lo más descorazonadora para los atenienses, que habían creído que encontrarían a todo el ejército procedente del Peloponeso que se habría desplazado a Beocia para encontrar al enemigo. Pero no fue así. Resultaba evidente a los atenienses que Leónidas y sus tropas se habían enviado al Norte, no con el propósito de defender Grecia central, sino simplemente con el objeto de retrasar al enemigo y obtener la ayuda de los atenienses, mientras la movilización en el istmo y las fortificaciones estuviesen terminadas. Por eso, mientras otros contingentes se dirigían a Salamina, los atenienses desplegaban sus barcos a lo largo de sus costas.

Toda la flota completa se reunió en Salamina y probablemente fondearon a ambos lados de la ciudad de Salamina. Se componían, junto con los buques de reserva incorporados, de 310 buques frente a los 800 que probablemente juntaron los persas en ese tiempo. A la llegada de la flota griega a Salamina, Eurybiades, su comandante en jefe, convocó al consejo de guerra. Se trató del sitio donde debería tener lugar la batalla naval. Mientras estaba en consejo se enteraron que los persas habían quemado Thespieae y Platea, habían penetrado en Ática y arrasado todo. La mayoría quería salir para el istmo, porque



(Figura 2.)

Salamina era una isla, y en el caso de una derrota era imposible escapar, pero desde el istmo podían llegar a sus casas. A los del Peloponeso les faltó darse cuenta que, en caso de que la flota se retirase al istmo, la flota persa podría transportar al ejército al Peloponeso por detrás del istmo y de las fortificaciones. Además, la flota griega era suficientemente numerosa en Salamina para proteger a los refugiados en la isla.

Al día siguiente comenzó probablemente el sitio de Atenas, que no estaba muy bien defendida, aunque los persas necesitaron varios días para apoderarse de ella. En este día, 10 de septiembre, la flota persa llegó a Phalerun, el puerto de Atenas, procedente de Istiaia. La flota y el ejército estaban nuevamente en apoyo mutuo. Durante el sitio, la flota griega permaneció en Salamina con los de Peloponeso, ansiosos por partir hacia el istmo, pero se mantuvo donde estaba gracias a la personalidad de Temístocles.

De los 310 buques presentes, más de la mitad pertenecían a Atenas, Megara y Egina. Ninguno de estos estados se encontraba detrás del istmo. Ninguno de ellos podía tener la esperanza de aprovecharse de una retirada posterior y todos estaban deseosos de luchar donde estaban. Por ello, Temístocles fue capaz de evitar que los del Peloponeso salieran de Salamina. Según el historiador Tucídides, los atenienses contribuyeron con las tres cosas más importantes: el mayor número de buques, el general más capaz y el intrépido ardor. Temístocles, según dicho historiador, desplegó un genio de un modo indudable, despertando una gran admiración por su capacidad intelectual, su experiencia, que demostró en situaciones de emergencia, y su gran visión de futuro. Estas grandes cualidades, unidas a sus grandes resoluciones, le colocan entre los grandes almirantes de la Historia.

El almirante corintio Adeimantus parece haberse opuesto a Temístocles en todas las ocasiones. Atenas y Corinto eran rivales en el comercio con el Oeste, y el crecimiento del poder naval ateniense en los últimos años fue sin duda la causa de celotipia por parte de Corinto. Un hecho favorable a Eurybiades, el comandante en jefe, es el haber sido capaz de controlar estos celos nacionales y el haberse dejado guiar por el Gran Ateniense.

El 21 de septiembre los persas tomaron la Acrópolis y Jerjes envió un mensajero a Susa para anunciar el éxito, al ganar lo que había sido el objeto principal de la expedición. Al enterarse de la captura, los griegos, reunidos en Consejo a flote para determinar su línea de acción futura, salieron de nuevo los deseos de los del Peloponeso de ir hacia el istmo. Tuvieron amplias discusiones y Temístocles convenció a Eurybiades para permanecer y luchar en Salamina. Eurybiades convocó de nuevo al Consejo y Temístocles publicó un comunicado con sus puntos de vista estratégico y táctico, que se resumen a continuación:

Si el encuentro es frente al istmo, el combate se desarrolla en mar abierto, lo que supone un grave inconveniente para la flota griega, cuyos barcos son más pesados y en menor número, y de nuevo perdería Salamina, Megara y Egina. Por el contrario, el enfrentamiento de pocos buques contra muchos se



(Figura 3.)

alcanzará la victoria, porque el luchar en aguas restringidas está a favor de los griegos. Salamina, en este caso, no caerá en poder persa. Si se gana la batalla naval, los persas no llegarán al istmo ni avanzarán en Ática y se retirarán desordenadamente. Los argumentos de Temístocles convencieron al Consejo, que decidió combatir en Salamina.

Aunque Temístocles señaló al Consejo que una batalla naval con éxito en Salamina evitaría el intento de ir al istmo al Ejército persa, no está claro por qué los persas no bloquearon a los griegos en la bahía de Salamina y desembarcaron tropas en la isla.

Los persas, en Ática

Después de establecer contacto entre la flota y el ejército en Falero, el 20 de septiembre Jerjes convocó en la costa una reunión con los reyes vasallos y capitanes. Todos fueron partidarios de atacar a la flota griega, con excepción de Artemisa, reina de Halicarnaso, cuyos cinco buques eran lo mejor de la flota, que consideraba no debía arriesgarse a una batalla naval, sino que se debían mantener próximos a la costa y que los hechos venían demostrando que nada se podía oponer al avance arrollador del ejército persa. Jerjes decidió atacar; pensaba que al estar él personalmente en Salamina, sus tropas combatirían con más ardor que en Eubea, donde él estuvo ausente. Otra razón importante tal vez fuese la proximidad del invierno, que aconsejaba iniciar la lucha.

Batalla de Salamina

La segunda sesión del Consejo Persa, el día 21 de septiembre, en la que se tomó la decisión de permanecer allí, no terminó probablemente hasta la caída de la noche y los jefes salieron para efectuar los preparativos de la batalla. En el otro se produjo un terremoto de veintiún segundos de duración, lo que indujo a los griegos a rogar a los dioses. Se envió un buque a Egina para pedir ayuda. Durante el día se avistaron presagios que auguraban la victoria griega.

El día 22 de septiembre, al llegar la oscuridad, la flota persa comenzó a salir apresuradamente de la bahía de Falero, de acuerdo con la decisión de Jerjes de buscar el enemigo y forzar una acción, y ante el informe de que los griegos estaban a punto de marcharse. Como se ha dicho antes, los buques griegos eran algo más de 300 y los persas alrededor de 800 distribuidos en cuatro divisiones.

La persistencia de Temístocles en permanecer en la isla de Salamina a la defensiva llevaba la batalla decisiva bajo condiciones tácticas favorables a los griegos, es decir, ya que en las aguas restringidas entre la isla de Salamina y la costa de Ática los persas no podían efectuar envolvimiento alguno y no podían hacer entrar en acción a todos sus buques, tal como habían hecho al final del primer día en Artemisio.

Además, las aguas restringidas proporcionaban a los griegos una ulterior ventaja debido a que la línea de contacto era tan corta, que tanto los griegos como los persas se vieron obligados a formar varias líneas, de tal modo que en todo momento sólo podían combatir la línea frontal. Por eso los buques combatientes en la primera línea tenían que ser relevados de cuando en cuando por los que esperaban en su retaguardia, y el exceso numérico de los persas no consiguió eliminar la fuerza física del enemigo. El armamento superior de los griegos fue el factor decisivo de la batalla.

Merece una descripción el lugar donde Temístocles persuadió a Eurybides en que se debía permanecer. La ciudad de Salamina, en la isla del mismo nombre, está sobre un promontorio frente al canal que está entre la isla y la tierra, que comunica las aguas de la bahía de Elenis con las del golfo de Saronico. Junto a la ciudad y hacia el sur estaba una bahía pequeña, cuyo lado meridional, la península de Cynosura, se extendía unas dos millas paralelamente a la cadena del monte Aegalos, cuya base corre a cargo de este a oeste, saliendo menos de una milla formaba la otra línea del estrecho. El sitio donde Temístocles deseaba ser atacado estaba precisamente entre Cynosura y el Monte Aegaleos. La entrada al estrecho está orientada al norte y luego el canal gira hacia el oeste. A la derecha de la boca de entrada está la pequeña isla rocosa de Psitalia, de una milla de larga. Podía ser una importante posición, desde la que se podía ayudar a los buques o también para recoger supervivientes de los naufragios.

Los persas llegaron a la boca del estrecho de noche. Los buques fondearon. Era importante conservar la fuerza, tanto de los remeros como de los soldados combatientes, para el combate y, por tanto, los movimientos de los buques durante el día anterior a la lucha eran lentos, tanto durante la navegación como durante las maniobras. Durante la noche los persas desembarcaron tropas en Psitalia para posesionarse de los naufragos, para ayudar a sus hombres y para destruir a los del enemigo que podían desembarcar allí. La división egipcia se movió durante la noche para bloquear la entrada occidental de la bahía de Eleusis por el estrecho de Minoa y las otras tres divisiones, que se componían de 200 barcos cada una, desplegando por la mañana al sur de Psitalia cada una en una sola columna en la entrada. Las tres líneas quedaron formadas paralelamente, llegando desde Salamina al Pireo en un dispositivo de cerca de cuatro millas de longitud.

Existen diversas versiones sobre la disposición de las flotas en el combate entre los historiadores de la antigüedad. Vamos a describirlos siguiendo el criterio del almirante Rootyrs de la US Navy, expuesto en su documentado libro *Greek and Roman Naval Warfare*, y basado en requerimientos marinos. Las tres divisiones persas presentes eran la de Jonia, armada al estilo griego y mandada por Ariabignes, hermano del rey Jerjes, que formaba el ala izquierda en la batalla y durante la noche fue probablemente la línea septentrional; la de los fenicios, ligeramente armada, que fue el ala derecha en la batalla y formaba ahora probablemente la línea meridional; y la tercera divi-

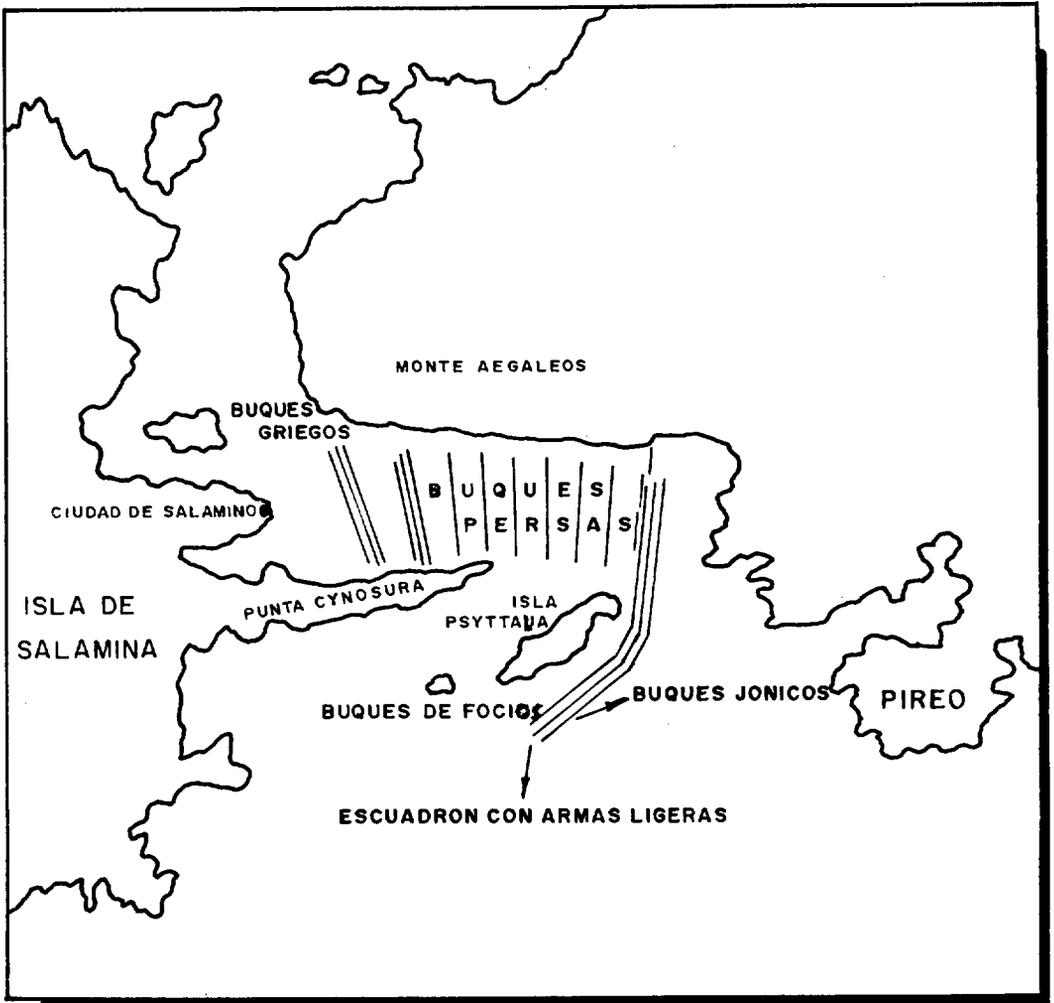
sión, ligeramente armada, que incluía a los de Cilicia y que formaban el centro de la batalla y constituía la línea central durante la noche.

Durante la noche, mientras se estaba llevando a cabo el despliegue persa, hubo de nuevo una discusión y ansiedad entre los griegos. En este momento llegó procedente de Egina, Arístides, político ateniense enemigo de Temístocles. Había regresado recientemente del exilio, donde había pasado tres años, enviado por Temístocles. Arístides ahora había olvidado su enemistad e informó a Temístocles que había avistado a los buques egipcios arrumbando a la entrada occidental. Ambos informaron al Consejo, que estuvo incrédulo. Entonces, una triera jónica que desertó de los persas confirmó la información de Arístides. Los griegos se alistaron para el combate. A la puesta del sol, todos los combatientes se concentraron en la playa y los distintos mandos los arengaron. Temístocles lo hizo en último lugar y seguidamente embarcaron y zarparon con la flota hacia el estrecho.

Aunque Herodoto no lo especifica, es probable que el escuadrón corintio, compuesto por 40 buques, había sido enviado con antelación suficiente para contener a la flota egipcia en la entrada occidental de la bahía de Eleusis. Este escuadrón, con toda seguridad, combatió ese día, pero, al parecer, no en la acción principal.

Formación persa.

Mientras tanto, los persas estaban entrando en la bahía, a levante de la isla de Psyttalia hacia el norte y luego arrumbando al oeste. Así disponían de más tiempo para alinearse, ajustando posiciones después de avistar al enemigo; al romper el alba, probablemente formaron en tres columnas con un intervalo de 20 metros entre columna y sobre 40 metros de distancia entre buques, lo que suponía dejar un espacio de 15 metros entre la popa y la proa de los buques, arrumbando al norte y a una velocidad no superior a los dos nudos hacia las alturas del Monte Aegaleos. Los fenicios, en la columna oriental, avanteaban en 400 ó 450 yardas a la columna central y ésta, a su vez, en otras 400 yardas a la columna occidental de los jónicos. El puesto de honor estaba a la derecha y en posición avanzada. Podemos pensar por eso que el comandante fenicio fue el comandante en jefe y que al aproximarse a la parte norte del estrecho dio la señal de caída de 90° a br. para los diez primeros buques de cada división, formando así una línea de frente con 30 barcos separados 40 metros como cabezas de línea en tres escalones y arrumbando hacia el oeste. La velocidad de la primera línea se reduciría a un nudo hasta que los otros escalones quedaran alineados. El resto de los buques, navegando todavía en columna hacia el norte a dos nudos hasta que el líder más cercano a tierra ordenase el giro simultáneo a babor de los 30 buques siguientes, siguiendo aguas de los anteriores, acercándose hasta 40 metros antes de reducir la velocidad. Tras estos movimientos sucesivos, la flota formará un rectángulo sólido compuesto por 30 buques en ancho por 20 en profundidad. Sobre las siete de la mañana, la primera línea pasaría por el extremo del cabo de Cyno-



(Figura 4.)

sura, a la velocidad de un nudo, y necesitaría reducir a 20 metros las distancias entre las filas mediante el acercamiento de la segunda sobre la primera y así sucesivamente, quedando la distancia entre buques a 20 metros.

Situación probable de la flota griega

Mientras tanto, la flota griega se había colocado en la posición más apropiada. La situación táctica a la que Temístocles había convencido a Eurybades fue tal que conseguía que los flancos quedaran cubiertos, evitando al propio tiempo que los persas pudieran combatir con un número de buques superior al de los griegos. Esto se produjo al permitir el avance enemigo sin oposición hasta Cynosura. Pero existía otro factor evidentemente importante: a ambas orillas estaban tropas alineadas cuyos lanzamientos de flechas resultaban ser notorios. Los persas no desearían aproximarse a Cynosura y los griegos evitarían Aegaleos. Consecuentemente, el ala izquierda griega debería estar más allá del alcance de los arqueros, 200 metros, de la punta sudoeste de Aegaleos. Es probable que el ala derecha griega pudiese estar en una posición más a Levante que el ala izquierda, según se desprende de algún historiador. La distancia disponible en el estrecho era de 1.600 metros, cubiertos por 80 buques en la línea frontal y tres filas, es decir, 80 columnas de tres buques con varias unidades más de reserva. (Los 40 buques corintios probablemente habían salido al estrecho de Minoa para enfrentarse con los egipcios.) Como consecuencia de la batalla de Artemisio, los griegos estaban satisfechos de la superioridad individual de sus buques y podían avanzar el ala derecha bajo la protección de sus arqueros en la península de Cynosura, dando una orientación noroeste-suroeste a su línea frontal de combate, lo que les permitiría tener en ella un mayor número de buques.

El avance persa debió haber sido muy lento. Además, las señales visuales, los toques de cornetas, los botes mensajeros llevaron a los almirantes o a sus ayudantes a recorrer toda la línea para pasar órdenes y enardecer a las dotaciones. El comandante en jefe, en posición delantera en el ala derecha, estaba en comunicación directa con Jerjes en la costa del Monte Aegaleos. Los buques exploradores, de 30 remeros, se habían acercado a las líneas enemigas y habían avisado de sus avistamientos. Por tanto, al avance de los griegos el ala derecha debió producir un avance similar en los persas y alargando también su línea frontal, al girar lentamente para enfrentarse al enemigo, entonces quizá ordenasen a la segunda y tercera fila incorporarse a la primera antes de acercarse al enemigo, aunque no había suficientemente espacio para meter a toda la tercera línea. Según el historiador Diodoro, se produjo confusión. El ataque se inició antes de las ocho de la mañana, soplando una brisa de Poniente que perturbaba más a los buques retrasados persas que a los griegos. Probablemente al estar a 400 ó 500 metros se produjese mayor dificultad al hacer los últimos ajustes de la línea y al pasar las últimas órdenes antes de avanzar lentamente hacia la colisión. Hay que darse cuenta que en estos buques, de unas 50 toneladas de desplazamiento, sus costados apenas tienen

un grosor de cinco centímetros y que se necesitaba muy poca fuerza para que el espolón de bronce los atravesase. Consecuentemente, en los combates se prefería mantener el buque bajo su control a pequeña velocidad que fuese suficiente para conseguir un golpe penetrante, más que ir a gran velocidad que hiciese imposible pararlo o girar en corto espacio. Además, su dotación tenía una fuerza física sólo para un rato prolongado y la batalla podía durar todo el día. Ningún almirante podía iniciar la batalla a una velocidad mayor a la que podía sostener durante el día. Por supuesto, que en un momento determinado, un comandante podía recabar a sus remeros durante unos minutos un esfuerzo violento, que no podría mantener ni siquiera bajo la amenaza del látigo.

Se ha dicho que los griegos, poco antes de que el enemigo se acercase, dieron atrás y que se podujeron muchos incidentes. Según el plan griego, era esencial no avanzar más allá de una determinada línea. Una ligera brisa puede desalinearse a los buques que están parados; por tanto, fue necesario conseguir la alineación de los buques.

Al estar entre los 200 ó 300 metros aumentarían la velocidad y seleccionarían a los oponentes. Al avanzar 50 metros la velocidad sería de unos cuatro nudos. La velocidad produce efectos psicológicos. Los primeros en abrir fuego serían indudablemente los arqueros. Aunque los griegos iban bien protegidos, los cuatro arqueros de cada buque sólo podían hacer una contestación limitada. En la lucha de buque contra buque, los griegos no sólo dependían de los 18 soldados por buque y de los oficiales del buque, sino también de sus remeros, que estaban parcialmente armados, con los escudos y lanzas preparados para ser empleados tan pronto como dejaran los remos, llegado el momento de la colisión.

Ninguna de las dos modalidades clásicas de ataque, la «diekplous» y la «periplous», que consistían en el ataque atravesado de la línea enemiga o el ataque por la popa mediante un envolvimiento, respectivamente, no tenían aplicación en este caso, puesto que cualquier buque que cruzase la línea enemiga, mientras combatiese libremente, se encontraría a merced de los espolones de los buques enemigos de la segunda línea. La mayor parte de los contactos debieron ser producidos por choques con espolones, que por falta de espacio no serían tampoco muchos, o por una maniobra incompleta de «diekploi», en la cual los dos buques enemigos permanecían abordados, hasta que en la mayoría de los casos el resultado se decidiese debido a la superioridad de los lanceros, protegidos pesadamente sobre los arqueros ligeramente protegidos y sobre los lanceros de jabalina. La lucha duró todo el día. El rey Jerjes la presenció desde las lomas del Monte Aegaleos. Los persas, en la retaguardia, presionaban a la línea frontal. El apiñamiento de buques fue desconcertante. Los remos se rompían y los buques, al perder su movilidad, fueron espoleados fácilmente por los buques griegos, que eran menos numerosos y presumiblemente no se presionarían tanto entre ellos. Consecuentemente, algunos podrían retirarse individualmente de la línea de combate y ser reemplazados por buques procedentes de la retaguardia, como ocurre en la acción de la

infantería. También podían incorporarse tropas de refuerzo a la línea frontal de combate. Al principio, había tres o cuatro filas de buques griegos y seis u ocho de buques persas, después de que los buques de retaguardia se acercasen, debido a la oblicuidad de la línea de combate con la dirección del canal, de modo que en ningún momento estuvieron luchando todos los buques.

Lentamente, los persas fueron rechazados. Aunque algunos griegos jónicos no eran adictos a la causa del Rey, la mayor parte lo hizo bien. Una pelea jónica observada por el Rey los absolvió de una acusación de traición procedente de algunos fenicios que se habían escapado de sus buques al puesto de mando del Rey.

Al ser empujados los persas hacia la isla de Psythalia y llegar a mar abierto, no fueron suficientes para extender su ala izquierda y, por tanto, no pudieron flanquear a los griegos, como hicieron el tercer día de la batalla naval de Artemisio. Por el contrario, permitieron al enemigo el control del paso a Psythalia y Arístides se aprovechó de esta oportunidad para concentrar a las tropas con armamento pesado, que estaban en la costa de Cynosura cubriendo el flanco meridional. Estos hombres estaban ahora desocupados y Arístides los transportó a Psythalia, donde destruyeron a los persas y facilitaron el posterior avance del flanco derecho griego.

Cuando la acción llegó a la altura de Psythalia, por la tarde, la victoria estaba decidida y los persas, que hasta entonces mantenían sus espolones hacia el enemigo, comenzaron ahora a girar hacia el sur y huyendo de la escena mientras los atenienses presionaban hacia tierra, a los que continuaban resistiendo, y los de Egina en el sur, enzarzados con los que escapaban a refugiarse en su antiguo fondeadero en la bahía de Falero, donde estaban apoyados por el ejército persa.

La persecución táctica no fue muy lejos. Los griegos recuperaron todos los buques hundidos que no habían derivado lejos y los alistaron para otra acción. Muchos naufragios, debido al viento de Poniente, abatieron hacia la playa de Colias, cerca de Falero, y los persas se apoderaron de ellos. La mayoría de los buques estaban contruidos con maderas ligeras y los desmantelados por los espolones normalmente no se hundían, pero permanecían inundados y volcados con la quilla al sol, aptos para ser remolcados y reparados en tierra. Las pérdidas griegas se cifraron en 40 buques y los persas 200 hundidos, además de los que fueron apresados con sus dotaciones.

El rey Jerjes y la flota vuelven a Asia

El Rey, que quedó muy descorazonado por la derrota, hizo, no obstante, preparativos para otro enfrentamiento en la mar, pero tenía miedo de que los griegos pudiesen atacar a sus comunicaciones e incluso romper el puente de los Dardanelos. Mardonio, primo y cuñado de Jerjes, temía que, puesto que era quien le había propuesto la campaña, pudiese ahora hacerle responsable de la derrota. Por eso aseguró al Rey que los griegos no se atreverían a enfren-

tarse al ejército después del resultado de las Termópilas. La derrota había sido para los aliados vasallos, pero los persas estaban todavía inconquistados e inconquistables. El, por tanto, urgía al Rey salir para casa, si lo juzgaba conveniente, con el grueso del ejército y que dejase a Mardonio con una fuerza de élite seleccionada para pasar el invierno en Europa y emprender una campaña contra Grecia en la primavera próxima. No resultaría político anunciar una gran derrota a un imperio como el persa, compuesto por razas sometidas y mantenimiento unidas por un fuerte ejército de conquistadores. En aquel verano surgió una seria insurrección en el país. Por eso es muy probable que Jerjes se viese obligado a partir para Asia con el objeto de anticiparse a las noticias de su desastre y tomar medidas para eliminar la revuelta, mientras la estancia de Mardonio podía representar la consolidación de una conquista. El Rey retrasó unos cuantos días antes de despachar a la flota derrotada, que volviese por el camino que había venido para asegurar el paso hacia Asia, siguiendo él con el ejército.

Mientras tanto, los griegos estaban preparándose para otra batalla naval, porque todavía veían al ejército delante de Atenas o ignoraban la destrucción de la moral persa.

La persecución griega

Al conocer la retirada de la flota persa, los griegos en Salamina les persiguieron hasta la isla de Andros, 30 millas al este de la Península de Ática. Al llegar allí Temístocles urgió atacarle en los Dardanelos. Eurybiades, por otra parte, pensó que no se debía forzar la situación cortando la retirada al enemigo, porque entonces lucharía con gran probabilidad de conseguir la victoria para procurarse suministros; mientras que si se le dejase solo volvería a Asia. En consecuencia, Temístocles se dirigió a los atenienses que deseaban la persecución, aunque fuesen solos y les presionó con el argumento de Eurybiades e instó a cada hombre para que regresara a su tierra a reparar su casa y a sembrar su tierra. Porque lo que podía ser razonable con toda la flota era demasiado para el escuadrón ateniense solo. Los griegos ahora pusieron sitio a la ciudad de Andros, pero sin lograr el éxito.

El ejército persa pasa el invierno en Tesalia

El ejército persa marchó en su retirada a través de Beocia. Mardonio decidió pasar el invierno en Tesalia, cuyas ricas llanuras eran el granero de Grecia y producían para abastecer a su ejército durante el invierno. Mardonio retuvo con él a las mejores tropas, mientras el resto siguieron con Jerjes, que llegó a los Dardanelos cuarenta y cinco días más tarde, probablemente en los primeros días de diciembre. Herodoto cifró en 300.000 hombres los que quedaron en Europa para la campaña del año 479 a.C., pero se refirió únicamente a cinco unidades de infantería, a los que se le añadieron algunas fuer-

zas de caballería e infantería. Modernamente se considera que la fuerza era menor, estimándose que Mardonio tenía un cuerpo de ejército en Tesalia y una fuerza similar en Macedonia y Tracia para mantener las comunicaciones con Asia, en total unos 100.000 hombres. En la batalla final pudieron ser entre 40.000 y 50.000 hombres.

Las operaciones terminaron con la retirada de los persas y el fallo griego en la toma de Andros. La flota griega repartió el botín, después de lo cual partió hacia el istmo. Se establecieron los premios por votación para los que más se hubieran distinguido. El primero se declaró desierto, porque todos los hombres se votaron a sí mismo en primer lugar. Aunque Temístocles obtuvo la mayor parte del segundo premio, la envidia evitó una decisión. La flota y el ejército se dispersaron durante el invierno. Aunque los jefes que lucharon en Salamina impidieron la recompensa a Temístocles, éste se fue a Lacedemonia para ser condecorado allí, donde fue recibido de una manera sin precedente. El premio al valor, una corona de olivo, se la dieron a su propio líder Eurybiades, pero también coronaron con una corona de olivo a Temístocles como premio al buen criterio y a la destreza.

Campaña del año 479 a.C.

Después de transportar al Rey a través de los Dardanelos, la flota persa pasó el invierno en Chios y Samos, en la costa de Asia Menor. A principios de la primavera, los buques se concentraron en Samos, no aventurándose a ir más allá porque su presencia era necesaria para evitar la insurrección de Jonia. Por eso Mardonio estaba en Europa sin el apoyo de la flota para su campaña. La flota persa se componía de 300 barcos y no se pensaba el que la flota griega se aventurase a cruzar el mar Egeo, ya que no contaban con bases. A la llegada de la primera, la presencia de Mardonio en Tesalia animó a los griegos a juntar 110 buques en Egina, adonde llegaron delegados jónicos, pidiéndoles que los liberasen de los persas. Aparentemente, no merecía confianza el apoyo que la flota griega podría conseguir de Asia, por lo que la flota se desplazó sólo hasta la isla de Delos, en donde permanecía en observación, esperando circunstancias favorables.

En este tiempo, Mardonio se preparaba para la campaña. Su línea de comunicaciones a través de Tracia hasta el Bósforo era muy larga. El interés de sus operaciones militares antes de la batalla final es que se llevasen a cabo con el objetivo principal de inducir a la flota griega a abandonar la causa griega, lo que permitiría conseguir los suministros directamente de los puertos del Egeo, en Asia Menor. Sin duda que los buques costeros le ayudarían en el suministro en el norte del Egeo. Además, si Mardonio intentase tomar el Peloponeso sin ayuda de una flota, sería batido por los atrincheramientos en el istmo de Corinto y la experiencia de las Termópilas hacía prohibitivo otro intento con el ejército griego entero detrás de las posiciones fortificadas. De acuerdo con esto, Mardonio envió un emisario a los atenienses para apartarles de la causa griega y conseguir su Marina para transportar el ejército a tra-



(Figura 5.)

vés del golfo Sarónico para llevar la campaña al interior del Peloponeso en vez de asaltar el istmo. Él ofreció reparar los destrozos cometidos en Ática y dar a los atenienses tierras adicionales si hacían las paces, pero amenazándoles en el caso de que rehusasen su ofrecimiento.

Al enterarse los lacedemonios de la propuesta de Mardonio, enviaron también embajadores para convencer a los atenienses de permanecer fieles a la causa griega. Los atenienses, oyendo a las partes, rechazaron la oferta persa y prometieron a los lacedemonios que nunca firmarían la paz con Jerjes, declinaron la oferta de ayuda de Esparta, dándoles las gracias y propusieron a los lacedemonios desplegar sus tropas en Beocia, que al tomar aquella posición avanzada salvaría al Ática de la invasión.

Marcha de Mardonio sobre Atenas

Al conocer Mardonio que los atenienses no aceptaron su propuesta, levantó el campo y marchó sobre Atenas, reclutando tropas locales conforme avanzaba. Al llegar a Beocia, los tebanos le propusieron permanecer allí y sobornar a los líderes hostiles, de ese fácil modo le aseguraban que los griegos podían ser vencidos sin combatir.

Los atenienses, al ver que los lacedemonios no venían hacia el Norte para combatir a Mardonio llamaron a su escuadrón de la flota en Delos y retiraron la población, algunos a los barcos, pero la mayor parte como antes a la isla de Salamina, en donde los persas, al carecer de barcos, no podían llegar. Al propio tiempo, los atenienses enviaron un mensaje, reprochando a los del Peloponeso por permanecer detrás del istmo en vez de avanzar hacia Beocia por cubrir el Ática como habían prometido. Les recordaron que si no recibían ayuda de Esparta, Atenas buscaría su propia salvación. Las autoridades espartanas tardaron diez días en contestar a los enviados atenienses. Es probable que no se fiasen de la fidelidad ateniense.

Platea

Arístides había sucedido a Temístocles en el mando de las tropas atenienses y pertenecía al partido enemigo de Esparta. Los espartanos no dejaron la línea fortificada en el istmo hasta que quedaron convencidos de que Arístides y su partido eran merecedores de su confianza. Mardonio, al parecer, había mostrado intenciones de ocupar permanentemente Grecia central, y Esparta comprendió que si se llevaba a cabo esta ocupación, pronto se perdería la independencia del Peloponeso. Por tanto, Esparta envió un gran destacamento de su ejército anunciando la acción y los enviados atenienses salieron de Esparta en compañía de otra gran fuerza para establecer en Beocia una línea de defensa.

Hasta ahora Mardonio había evitado atacar a la propiedad en el Ática, pero viendo que no podía hacer trato alguno con los atenienses, saqueó el país, arrasó la ciudad y se retiró a Beocia. Es probable que el Ática hubiese sido ocupada por una pequeña parte del ejército persa, pero dado que el ejército no contaba con transporte marítimo, no resultaba aconsejable extender la línea principal de suministro más allá de Beocia hasta que Mardonio estuviese seguro de contar con la flota del Ática. No obstante, los buques de transporte persas llegaron probablemente a los puertos de Beocia.

Mardonio se retiró hacia Tebas, construyendo un baluarte para la protección del ejército, cuatro millas al sur de la ciudad, a lo largo del arroyo Asopus. A los lacedemonios se le incorporaron fuerzas del Peloponeso, concentrándose con los atenienses en la ciudad de Eleusis. El ejército griego tomó posiciones al este de la ciudad de Platea al pie de una ladera rocosa de las montañas, donde el terreno no era apto para la caballería. Estaban a tres millas de las fortificaciones persas y separados de ellos por varias colinas.

La situación estratégica obligaba a las fuerzas del Peloponeso a defender la Grecia central para evitar la derrota del escuadrón ateniense. Una vez ocurrido esto, la flota persa tendría que cruzar el mar Egeo y permitir a Mardonio entrar en el Peloponeso por el punto que seleccionase.

Como en Maratón, los griegos tenían poca caballería y eran débiles en armas arrojadas; por el contrario, los persas disponían de una gran caballería y normalmente resolvían la batalla con el envolvimiento realizado por la caballería.

A los seis días después de la llegada a la posición, Mardonio ordenó a su caballería atacar, con la esperanza de sacar a los griegos de sus posiciones en las faldas de las montañas. La caballería, contrariamente a lo que solía hacer, se acercó demasiado a los griegos y fue vencida tras numerosas pérdidas. Los griegos, sobreestimando el éxito obtenido, se desplegaron hacia el valle, en donde podían obtener un mejor suministro del agua. Entonces, Mardonio envió la caballería detrás de la posición griega para apoderarse del paso de montaña y al cabo de dos días la caballería consiguió separar a los griegos del agua. Los griegos tuvieron que retirarse durante la noche y Mardonio atacó desesperadamente conforme se retiraban, primero con la caballería y después con la infantería. Cuando el ejército comenzó su retirada, había sido derrotado, pero no desarticulado como Mardonio suponía. Su imprudente y desordenado ataque, realizado ante la creencia de que el ejército griego estaba destruido, fue la causa de su ruina en el encuentro, en el que murió el propio Mardonio. Después de su muerte, el ejército rompió el contacto y huyó hacia las fortificaciones de su campo, que estaban cercanas, pero los griegos le atacaron y todos los persas perecieron.

El resto del ejército escapó a Tesalia y junto con las tropas desplegadas en la línea de comunicaciones trató de volver a Asia, pero la mayor parte se perdió en Tracia.

Micala

La victoria de Platea fue el complemento de la que se obtuvo el mismo día en las costas de Asia Menor. No fue suficiente, para la seguridad de Grecia, arrojar a los persas a Macedonia y Tracia. La batalla de Salamina el año anterior había demostrado la dependencia de la poderosa invasión del poder naval, y demostró que el dominio de la línea del Bósforo y de los Dandanelos era esencial para la seguridad de Grecia.

Mientras Mardonio estaba avanzando desde Tesalia, se necesitó el escuadrón de Ática para el transporte local, y el resto de la flota griega permanecía en Delos para vigilar el crecimiento de la agitación jónica y para evitar que la flota persa cruzase el mar para ayudar al ejército. No obstante, probablemente no pudo eliminar completamente el apoyo logístico naval a los persas en Beocia. Pero cuando el ejército del Peloponeso, en el movimiento hacia el norte, liberó al Ática del enemigo y la flota persa permanecía inactiva en Asia Menor, entonces el contingente del Ática de la flota griega pudo incorporarse a los otros en Delos y el conjunto de la flota, compuesto por 250 buques, podía pensar en tomar la ofensiva. Esto hasta ahora había sido imposible, ante la falta de unas bases adecuadas en las costas de Asia. Sólo un año antes, justamente después de Salamina, la flota victoriosa había sido incapaz de apoderarse de Andros, y en el año 479 a.C. no podían pensar en poner un pie en Asia sin ayuda local.

En este momento, llegó una embajada procedente de Samos, donde se encontraba la flota persa, en la que se indicaba que si los griegos iban allí podían contar con una revuelta en Samos y que la flota persa no permanecería en Samos. La flota salió al día siguiente —cuando encontraron presagios favorables— hacia Samos, que estaba a unas 70 millas. A la llegada a la costa de Samos, la flota griega se alistó para el combate. La flota persa, al conocer el avance de los griegos, se retiró de Samos, tal y como los enviados habían predicho, y se retiró a Micala a unas cuantas millas de distancia en el continente. Los persas habían resuelto no exponer a su flota a una acción general, enviaron al escuadrón fenicio a su país y vararon en las playas a los buques restantes, protegiéndoles por barricadas de árboles y piedras alrededor de ellos y pidieron ayuda a las guarniciones de las provincias limítrofes. Aquí se prepararon para ganar una batalla o para aguantar un sitio. El destino de la flota se iba a decidir en tierra.

Los griegos se desanimaron al ver que la flota persa se había marchado hacia el continente, pero después de varias dudas siguieron con la esperanza de inducir a la revuelta entre las tropas activas. Disponían únicamente para desembarcar a 3.500 soldados (hoplitas) con armamento pesado frente al grueso del ejército persa. Los marineros y remeros griegos no estaban completamente desarmados y podían incrementar la fuerza de las tropas de desembarco; pero todavía existía una desigualdad de fuerzas en contra de ellos, en el caso de que los jónicos permaneciesen fieles a Jerjes.

Cuando la flota griega llegó a Micala, se aproximaron a los buques persas que estaban sobre la playa e hizo saber a los jónicos que al entrar en combate los jónicos deberían reclamar la independencia. La flota se dirigió a tierra y desembarcó a la fuerza, preparándose para el combate. Los líderes persas no se fiaban entonces de la fidelidad jónica y los griegos corrieron la noticia de su victoria en Platea. Los persas les quitaron las armas a los jónicos e informaron a Jerjes, que venía con un gran ejército. Los persas avanzaron entonces para atacar a los griegos. Aunque los griegos jónicos habían decidido desertar y pasarse con sus paisanos, éstos no lo comprendieron y permanecieron sin saber qué hacer. No obstante, la proximidad de los persas obligó a los griegos a combatir y lo hicieron bravamente. Cuando los jónicos tomaron parte contra los persas, se reavivaron las esperanzas de los griegos y flaquearon las de los persas, y éstos fueron perseguidos, con grandes pérdidas. Los de Aeola y los otros griegos asiáticos se incorporaron en la persecución. Algunos persas huyeron por las montañas hasta Sardes y otros se refugiaron en las barricadas detrás de los buques. En este día los jónicos se sublevaron por segunda vez y la flota persa fue destruida en una batalla terrestre. La flota griega salió hacia Samos y allí celebró un consejo sobre el futuro de los griegos jónicos.

Conclusión de la guerra.

Esta guerra fue el comienzo del predominio del poder naval de Atenas, que había percibido lo que podría afectar a su grandeza mediante el control del comercio del mar Egeo con sus aliados. Pero los espartanos no tenían una mentalidad tan amplia y no tuvieron cuidado de emprender logros posteriores. Por eso los buques espartanos salieron para su país, mientras que el resto de la flota, incluyendo a los nuevos aliados, todos bajo el mando del ateniense Xantipo, salieron para los Dardanelos, cuyo control no solamente aseguraba a Grecia sino que les aseguraba también el comercio con el mar Negro. A su llegada allí comenzaron el asedio de Sestos, que era la fortaleza más fuerte en aquella región, y después de largas operaciones capturaron la ciudad y por ello mantuvieron la llave del mar Negro. La invasión persa terminó con el establecimiento de la supremacía comercial y naval de Atenas entre todos los estados griegos.

RESUMEN

En todo lo anterior se ha puesto mucha atención a la batalla terrestre, ya que la táctica del ejército fue la base de la maniobra de la flota y la tradición militar precedió a la táctica naval.

Al pasar revista a las campañas de los años 480 y 479 no está completamente claro el por qué Jerjes decidió atacar a los griegos en aguas restringidas. Los persas podían haber tomado posiciones fuera de la entrada a los estrechos y pasar los transportes por detrás y apoyar logísticamente al ejército

en el istmo. Esto hubiera obligado a los buques griegos a luchar fuera o a rendirse. Probablemente la explicación sea el que Jerjes buscara mantener el prestigio entre las naciones sometidas, aceptando la batalla en las condiciones impuestas por el enemigo y derrotarle después. En Salamina, el esfuerzo táctico fue principalmente contra el personal. Ambos bandos emplearon el espolón y muchos buques fueron horadados o aplastados por las colisiones, pero esto no parece haber sido el arma principal. En las luchas navales, al igual que en las terrestres, los persas empleaban con tomar la ventaja al rodeo del enemigo, proporcionándose la posibilidad de emplear todas las fuerzas contra un número menor de enemigos. Al propio tiempo, trataban dentro de lo posible a rehuir del combate cercano y convertirlo en una lucha de arqueros a gran distancia. Tácticamente, las batallas de Artemisio y de las Termópilas fueron batallas de tanteo. En Artemisio se impuso el genio de Temístocles de evitar el involucramiento y buscar el combate cercano, pero los persas no se dieron cuenta. En las Termópilas ninguno de ambos bandos parece que sacó conclusiones tácticas del resultado de la batalla, a pesar de que 2.000 ó 3.000 griegos lucharon allí durante dos días y escaparon al istmo pudiendo contar sus experiencias. En la decisiva batalla naval de Salamina, el prestigio personal y el sentido diplomático de Temístocles permitió mantener en una posición ventajosa a la flota griega y los persas, que nada habían aprendido de los tres días de la batalla naval de Artemisio, aceptaron las circunstancias impuestas por los griegos, el combate cercano en aguas restringidas. En la batalla terrestre decisiva de Platea todo fue de otro modo. Ningún bando aplicó las lecciones aprendidas de la batalla de las Termópilas, aunque como se recordará que ni en Maratón ni en las Termópilas había caballería persa en contacto con los lanceros griegos. En Platea, al principio, los griegos temieron exponerse a la caballería persa, que hizo un mal uso de sus posibilidades y fue derrotada. Esto hizo a los griegos perder el miedo a los caballeros y cambiaron su posición y entonces Mardonio empleó la caballería apropiadamente. Pero cuando los griegos se retiraron, bajo la amenaza de la caballería contra el suministro de agua, Mardonio por su parte sobreestimó su éxito y perdió la vida y a su ejército. Desde Maratón a Platea, en tierra y a flote, el éxito se basa al adecuar el ataque a las armas nacionales. Las tácticas de la flota fue mejor cuando seguían las tácticas del ejército nacional.